

LA CUCARACHA

Una vez había un hombre que vivía solo. Era periodista. Trabajaba en un diario desde las seis de la mañana hasta la medianoche. Cuando terminaba de trabajar salía del diario, caminaba unas cuadras, comía en un restaurante y después iba a un bar a tomar cerveza. Al amanecer regresaba a su casa. En su casa — era un pequeño departamento — no tenía un solo mueble; ni cama tenía, ni una silla en qué sentarse. Había unos clavos en la pared en donde colgaba el saco, el pantalón y la camisa. Dormía en el suelo. En invierno o cuando hacía frío se envolvía en una frazada.

Le gustaba tomar cerveza. Todo el día tomaba cerveza; a la mañana, a la tarde, a la noche. Siempre llegaba a su casa con dos o tres botellas de cerveza.

Una madrugada, cuando se acostó en el suelo para dormir, vio a una cucaracha que salía de un agujero del zócalo. La vio caminar, detenerse y acostarse cerca de su cabeza.

Esto pasó varias veces. Una vez, cuando la cucaracha salía del agujero del zócalo, tomó la tapa de una botella de cerveza y la puso a su lado, y allí se acostó la cucaracha.

Al día siguiente el hombre llegó más temprano a su casa. Traía un poco de algodón; lo desmenuzó y le hizo una cama en la tapa de la botella de cerveza para que durmiera la cucaracha.

El hombre se acostó como siempre en el suelo. Vio salir a la cucaracha del agujero del zócalo; caminar y subir para acostarse en la cama que le había hecho en la tapa de la botella de cerveza.

Al otro día el hombre fue a trabajar. Estaba muy contento. Salió del diario. Iba silbando por la calle. Llegó al restaurante, comió, y después fue al bar a tomar cerveza. Se encontró con amigo, le dijo: — Ya no estoy solo. Cuando me acuesto, una cucaracha sale de un agujero del zócalo y viene a dormir a mi lado.

El amigo se rió.

— ¿Cómo sabes que es la misma cucaracha? — le preguntó —. Tu casa debe estar llena de cucarachas.

— No, la conozco. Es la misma — respondió el hombre.

— ¿Serías capaz de hacer una prueba?

— Sí. ¿Qué hago?

— Le arrancas una pata a la cucaracha. La dejas renga. Y si al día siguiente ves a una cucaracha renga que viene a dormir a tu lado, es entonces la misma cucaracha.

El hombre llegó a su casa. Se desvistió. Colgó en los clavos el saco, el pantalón y la camisa. Se acostó. La cucaracha salió del agujero del zócalo. Caminó y cuando iba a subir a la cama para acostarse, el hombre tomó a la cucaracha con el pulgar y el índice de la mano izquierda y con el pulgar y el índice de la mano derecha, le quebró una pata y se la arrancó. Tiró la pata, y puso a la cucaracha en su cama.

La cucaracha durmió; pero el hombre no pudo dormir. Vio el sol, la mañana. El, tendido en el suelo, y la cucaracha a su lado dormida. Después la vio despertar, caminar renga y meterse en el agujero del zócalo.

El hombre se levantó, se vistió y salió. Ese día tomó mucha cerveza. Llegó al diario a las seis y media. Trabajó hasta después de medianoche. Fue al restaurante; comió. Fue al bar. Llegó a su casa. Se acostó. Vio salir a una cucaracha renga del agujero del zócalo. La vio llegar, subir y acostarse en la cama de algodón que él le había hecho en la tapa de una botella de cerveza.

— Es la misma — se dijo el hombre —. Yo sabía que no estaba solo.

Pero no pudo dormir. Vio el sol, la mañana. Vio cuando se despertó la cucaracha. La vio caminar renga y meterse en el agujero del zócalo.

A la madrugada siguiente volvió la cucaracha. Llegó caminando lentamente y se acostó al lado del hombre.

El hombre no podía dormir. Miraba dormir a la cucaracha. Estaba desnudo, sentado en el suelo, tomando cerveza. Tomó una botella, dos, tres botellas de cerveza. Sintió el sol en los ojos, la mañana.

La cucaracha se despertó. Bajó la cama. Caminaba arrastrándose y se metió en el agujero del zócalo.

Y no volvió nunca más.

LA CARTA

Todas las noches, después de comer, daba un par de vueltas alrededor de la plaza.

Una noche, un perro le salió al encuentro; se paró delante de él, y le dijo:

— Por favor, señor, escúcheme.

El hombre se detuvo.

— Señor — agregó el perro —, le ruego siga caminando. Disimulemos. Yo iré a su lado.

El hombre siguió caminando; el perro iba a su lado.

— Señor — dijo el perro —, lléveme a su casa. Ud. tiene una quinta, un jardín, y no tiene un perro.

— No, no tengo perro — dijo el hombre —. Nunca quise tener ni perros ni gatos, ni nadie. Vivo con unos viejos. Ella es cocinera, él jardinero.

— Ya sé — dijo el perro, y preguntó: — ¿Por qué no seguimos conversando en su casa?

— Bueno, vamos.

Retrocedieron. Cruzaron la calle. Cuando llegaron a la casa, el hombre abrió la puerta. Entró el perro. El hombre entró detrás del perro, y cerró la puerta con llave. Caminaron por el jardín. El hombre abrió otra puerta, y entró el perro. El hombre cerró la puerta. Encendió la luz. Estaban en una sala. Había sillones, una mesa, libros.

— Siéntese — dijo el hombre.

El perro se sentó en un sillón, y dijo:

— Señor, yo seré su perro. Pero todos los días tendrá que darme carne asada y pan. Y por la noche tendrá que llevarse dos o tres botellas de vino. La noche es larga.

— ¿Le gusta el vino? — preguntó el hombre.

— Sí — respondió el perro.

— ¿Quiere tomar vino ahora?

— Sí, quiero.

El hombre se levantó; fue a la cocina y regresó con una botella de vino y dos copas.

— No puedo tomar el vino en copa — dijo el perro —. Tráigame una palangana o un plato sopero.

El hombre volvió a la cocina y trajo un plato sopero. Lo puso en el suelo y lo llenó de vino. Después llenó su copa de vino. El perro bajó del sillón. Lamió hasta el fondo del plato.

El perro y el hombre bebieron varias botellas de vino.

Al amanecer, el hombre abrió la puerta para que saliera el perro y el perro, antes de salir, dijo:

— Una de estas noches volveré para que me escriba una carta. ¿Quiere?

— Sí.

— Hasta mañana.

— Hasta mañana.

El hombre cerró la puerta. El perro ladró fuera.

Dos días después — era cerca de la medianoche — el perro golpeó la puerta. El hombre estaba leyendo. Dejó el libro sobre la mesa, se levantó y abrió la puerta.

— Vengo para que me escriba la carta — dijo el perro.

— Pase.

El perro entró, y el hombre cerró la puerta. El perro se sentó en un sillón; el hombre, en una silla. Puso una hoja de papel en la máquina de escribir y le dijo al perro:

— Cuando quiera, puede dictarme.

Y el perro comenzó a dictar la carta:

— Buenos Aires (coma), 24 de enero de 1967 (punto abajo). Querida Nélica (dos puntos): (Abajo) Te extraño (punto seguido). Estoy bien (punto seguido). Trabajo doce horas diarias. ¿Puede borrar?

— Sí — respondió el hombre —. ¿Qué pongo?

— En vez de doce, ponga diez.

El hombre borró y escribió.

— Ya está — dijo, y leyó: — Trabajo diez horas diarias.

— Los domingos — siguió dictando el perro — trabajo por la mañana (punto seguido). Soy el hombre de confianza del ingeniero jefe (punto aparte). Pronto iré a buscarte para casarnos (punto aparte). No vuelvas a ir a la casa de ese viejo con cara de brujo que dijo que iba a convertirme en perro (punto seguido). No lo veas (punto seguido). No salgas de tu casa (punto aparte). Espérame (punto seguido). Te quiero (punto aparte). Juan. (Juan, no lo escriba a máquina; póngalo con tinta).